

REVISTA DE HISTORIA MODERNA

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE N° 20 - 2002



**ENSEÑANZA Y VIDA ACADÉMICA
EN LA ESPAÑA MODERNA**

Preimpresión



Impresión: INGRA Impresores

ISSN: 0212-5862

Depósito Legal: A-81-1982

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición
impresa de la obra.**

Edición electrónica:



Revista de Historia Moderna
Anales de la Universidad de Alicante nº 20 - 2002

**Enseñanza y vida académica
en la España Moderna**

María José Bono Guardiola
**El abate Condillac y la educación
de un príncipe**

Índice

Portada

Créditos

María José Bono Guardiola

El abate Condillac y la educación de un príncipe ... 5

Resumen 5

Abstract 5

El pensamiento filosófico de Condillac 7

El Curso de Estudios: una propuesta pedagógica ... 20

La edición del Curso de Estudios 45

Notas 51

El abate Condillac y la educación de un príncipe

Resumen

El trabajo se centra en el pensamiento del abate Condillac como educador y consejero del príncipe D. Fernando de Parma. A partir de sus teorías filosóficas se analiza el *Curso de Estudios* que escribió para el desempeño de su tarea, estudiando sus propuestas pedagógicas y la concepción histórica y política con las que Condillac daba respuesta a algunos de los problemas planteados en el contexto del movimiento ilustrado.

Abstract

This article is focused in the thought of the abate Condillac as a teacher and a consellor of the Prince Ferdinand of Parma. His play «Curso de Estudios» is analized here from his philosophic theorys as it was witten for developing his labor, studying his pedagogic proposals and the historic and political conceptions which with Condillac gave his reply to several of the cuestasions discusseded into the Enlightenment movement.

En el Discours Préliminaire del *Curso de Estudios para la instrucción del príncipe D. Fernando de Parma*, el abate Condillac se refería al desempeño de su tarea pedagógica con las siguientes palabras:

...«El método que yo he seguido para la instrucción del príncipe, parecerá nuevo, aunque en el fondo sea tan antiguo como los primeros conocimientos humanos. Es verdad que este método no se asemeja en absoluto al modo en el que se enseña; pero es el modo mismo del que los hombres se han servido para crear las artes y las ciencias». (nota 1)

Condillac plasmaba así la estrecha relación existente entre sus teorías filosóficas y psicológicas, que había desarrollado en obras anteriores, y su propia tarea pedagógica, mostrándose como un ejemplo perfecto de hombre ilustrado capaz de aunar múltiples saberes con su aplicación concreta en el terreno de la educación.

Al igual que su amigo Rousseau, había recogido el enorme interés sobre los temas educativos que a lo largo del siglo XVIII habían ido cobrando fuerza. Ambos pensadores, de manera original pero de forma muy diferente, iban a convertirse en artífices de una revolución copernicana en el ámbito

pedagógico. (nota 2) Tal cambio había sido posible a raíz de la concepción de una filosofía del hombre y de la naturaleza, propiciada por la teoría empírica del conocimiento que había abierto perspectivas pedagógicas radicalmente nuevas. La consideración del individuo desde su nacimiento similar a una *tabula rasa*, en la que todos los contenidos morales e intelectuales eran fruto de la experiencia sensible, había acrecentado de manera significativa el papel de la educación, puesto que su objetivo aspiraba a ser la formación de una nueva humanidad de acuerdo con los ideales más optimistas y utópicos.

Pero los dos filósofos sufrirían contratiempos con la censura ya que la obra de Rousseau, el *Emilio*, nada más salir a la venta en París en 1762 sería condenado por el Parlamento parisiense, mientras que el *Curso de Estudios* de Condillac, como posteriormente veremos, también sufriría algunos impedimentos tras el inicio de su impresión en Parma en 1769. (nota 3)

El pensamiento filosófico de Condillac

De Etienne Bonnot, abate de Condillac, que había nacido en Grenoble en 1714, se desconocen muchos aspectos de su infancia y juventud. Parece ser que era de salud frágil y, según sus biógrafos, a los doce años todavía no sabía leer

debido a algún defecto visual. (nota 4) Precisamente Rousseau, que le conoció en casa de su hermano mayor, Jean Bonnot de Mably, en el libro II del *Emilio*, recuerda como entre su familia pasaba por ser un espíritu bastante limitado. Pero su otro hermano, el conocido abate Mably, conseguiría llevarle a París para que estudiara teología en Saint-Sulpice y en la Sorbona. Sabemos que realizó dichos estudios con poco entusiasmo aunque sí mostraba gran interés en todo lo concerniente a las enseñanzas científicas y filosóficas del momento. En 1740 recibió las órdenes pero nunca ejerció como sacerdote, convirtiéndose en un abate de ideas ilustradas, aficionado a la vida mundana de los salones literarios. Sobre todo frecuentaría los de Mme. de Tencin y Mme. Helvetius, especialmente el segundo, en el que nacería el movimiento de los ideólogos y al que eran muy asiduos contertulios Diderot, d'Alembert y el barón d'Holbach. (nota 5) De este modo quiso aprovechar las circunstancias para completar o acabar una educación de la que él mismo había afirmado:

...«Cuando salimos de las escuelas, tenemos que olvidar muchas cosas frívolas que se nos ha hecho aprender; aprender cosas útiles que se cree habernos enseñado; y estudiar las más necesarias, sobre las que no se han preocupado de darnos lecciones. (nota 6)»

Desde luego había estudiado a Descartes y a los grandes cartesianos, a Malebranche, a Spinoza y a Leibniz, de los que haría una profunda y sagaz crítica en el *Tratado de los Sistemas*, publicado en 1749, tres años después de haber hecho público su famoso *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*. Ambas obras se encuentran estrechamente relacionadas y en ellas plantea lo que iba a ser una filosofía original que acabaría expresándose finalmente en 1754 en el *Tratado de las sensaciones*.

Para Condillac, el punto de partida de sus reflexiones había sido su especial admiración hacia los que iba a considerar dos maestros esenciales, Locke y Newton. Del primero reelaboraría el proceso de la génesis de las ideas a partir de las dos fuentes de las que procedían, según el filósofo inglés, la sensación y la reflexión. Pese a no conocer la lengua inglesa había leído el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, en la traducción francesa que, en 1700, había realizado Pierre Coste siguiendo la cuarta edición que el mismo Locke había efectuado alterando varios pasajes de la edición original.
(nota 7)

En cambio, Newton cuyas obras habían sido redactadas en latín, no presentaba ningún obstáculo para su conocimiento directo, a lo que se añadía la difusión de sus teorías propi-

ciada por Voltaire que, en 1738, había publicado los *Elementos de la filosofía de Newton*, utilizando además algunos análisis del obispo Berkeley del que, años después, Condillac haría una crítica a instancias de Diderot.

Por lo tanto, Condillac había asimilado la filosofía inglesa que en aquellos momentos tenía una enorme influencia en el pensamiento francés que, a causa de ello experimentaba el ataque de las teorías empiristas contra el cartesianismo racionalista.

La primera exposición de sus teorías cognoscitivas se hicieron patentes con la publicación del *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* en 1746, en la que el filósofo desarrollaba una historia del entendimiento. En esta obra explicaba la génesis y variedad de todo tipo de ideas como resultado de las diferentes operaciones del alma a partir de un único principio, la sensación. Ésta era el hecho empírico originario del que se derivaban todas las demás: percepción y conciencia, atención, recuerdo, memoria e imaginación. En última instancia todas consistían en ser sensaciones transformadas.

Pero la originalidad de Condillac se manifestó claramente cuando, distanciándose de su maestro Locke, analizó de un

modo novedoso la aparición del pensamiento reflexivo a través del lenguaje. Dicha tesis fue desarrollada detenidamente en el *Ensayo*, obra que nunca corrigió, si bien años más tarde cuando redactaba el *Tratado de las sensaciones*, se cuestionó si las facultades más altas del entendimiento se podían constituir antes de la invención del lenguaje porque, según expresaba en carta a Maupertuis, tal vez había concedido demasiada importancia a los signos. (nota 8) De todas formas, por el papel que Condillac concede al lenguaje, ha podido considerarse como un pionero de la lingüística moderna. (nota 9)

En los individuos, para Condillac, al lenguaje meramente instintivo originado por las necesidades de la acción, en el que los sentimientos se expresan en gestos o gritos, le sigue un lenguaje articulado en el que los signos ya no son naturales sino arbitrarios y producidos de un modo voluntario. Este lenguaje expresará en secuencias sucesivas los estados del espíritu que lo hacían de manera simultánea en el lenguaje de acción. Gracias a este análisis puede nacer el pensamiento reflexivo, y el lenguaje aparece como medio de reflexión. Por él, el hombre no se deja arrastrar por el azar de las impresiones que las cosas producen sobre su espíritu, pudiendo alcanzar la cosa significada con el signo que usa,

convirtiéndose en el dueño o soberano de lo que piensa. Además las palabras dejan de ser meros instrumentos secundarios del pensamiento o su efecto externo, útiles sólo para la comunicación, como había creído Locke, pasando a ser condición esencial del pensamiento reflexivo.

Condillac percibió en el uso de los signos la causa de las operaciones más complejas del pensamiento. Fue el primero en percatarse que, para asegurar el desdoblamiento interior por el que el pensamiento se comprende a sí mismo, el uso de las palabras era necesario, y de esa forma lenguaje y pensamiento reflexivo se implicaban mutuamente. (nota 10)

En su segunda obra, el *Tratado de los sistemas* (1749), completó las teorías anteriores con consideraciones metodológicas de influencia newtoniana. Condillac hizo una crítica de los sistemas filosóficos o metafísicos basados en suposiciones o principios abstractos al considerar que eran fruto de la imaginación. Pero su finalidad no era acabar con la metafísica sino fundamentarla sobre bases más sólidas, como había escrito en su obra anterior:

«Es preciso distinguir dos especies de Metafísica. La más ambiciosa, quiere penetrar todos los misterios; la naturaleza, la esencia de los seres, las causas más

escondidas: he aquí lo que la lisonjea y promete descubrir; la otra, más moderada, acomoda sus investigaciones a la debilidad del espíritu humano, y tan poco cuidadosa de aquello que debe escapársele, como deseosa de lo que puede coger, sabe contenerse en los límites que le son señalados». (nota 11)

Si de Locke había tomado la idea de un estudio experimental del espíritu, libre de todo prejuicio metafísico, de Newton asimiló la de un método desembarazado de toda hipótesis supérflua:

«Para que un sistema no deje nada que desear es preciso disponer las diferentes partes de un arte o de una ciencia en un orden tal que los unos se expliquen a partir de los otros, y donde todos ellos se relacionen a un primer hecho bien constatado, del cual únicamente dependen. Éste será el principio del sistema, porque será su comienzo». (nota 12)

Como ha precisado J. M^a Bermudo, esta idea es perfectamente newtoniana. (nota 13) Una ciencia es un conjunto de conocimientos estructurados en un orden. Es tanto más ciencia cuanto más sistematizado tiene su saber, es decir, cuanto más ordenado es y menos principios requiera. Y el mérito

de Newton había sido descubrir un primer fenómeno a partir del cual todo podía explicarse en el mundo físico.

Así pues, la crítica no era a los sistemas sino a aquellos contruidos sin la ayuda de la experiencia, como lo eran para Condillac los grandes sistemas racionalistas modernos, iniciando con dicha crítica la concepción positivista del saber. Una concepción que insiste en ser prudente en las generalizaciones, en tomar toda teoría por hipótesis, no fiándose de las trampas del lenguaje, ser claro y, sobre todo, analítico.

Pero, amén de esa postura crítica, Condillac centró el análisis del espíritu individual en la historia del espíritu colectivo, intentando ver los sistemas como productos cuya raíz se halla en el propio desarrollo histórico colectivo, reconociendo, de esa manera, la importancia que lo histórico empezaba a tener en el siglo XVIII.

Desde ambas perspectivas el *Tratado de los Sistemas* puede ser entendido como un manifiesto de los ilustrados, una guía que subraya lo empírico del saber y pone como objetivo el poder de la ciencia entendida como un lenguaje bien hecho.

Esto queda claramente expresado en las palabras con las que Condillac concluye su obra:

«No obstante, queda una dificultad, y es grande. Proviene del hecho de que, antes de estudiar las ciencias, habláis ya su lengua y que la habláis mal. Porque, aparte de algunas palabras nuevas para vosotros, la lengua de las ciencias es vuestra lengua. Ahora bien, convenid en que habláis con frecuencia vuestra lengua sin entender vosotros mismos lo que decís o que lo entendéis más o menos... ¿Queréis aprender las ciencias con facilidad? Comenzad por aprender vuestra lengua. (nota 14)

En 1754, el filósofo publicó el *Tratado de las sensaciones*, obra que completa a las dos anteriores y en la que se defiende de las críticas que su pensamiento había suscitado.

Su amigo Diderot le había pedido que delimitase su postura ideológica de la del idealismo mantenido por el obispo Berkeley en su escrito *Tres diálogos entre Hylas y Filonús* (1713), y que justificase su propio sensualismo. Que pudiese extraer de las impresiones sensibles, tal como las experimentamos interiormente, el conocimiento del mundo, es decir, el paso del idealismo al realismo, del mundo representado al mundo real. Un problema que iba a centrar muchas de las discusiones que los pensadores ilustrados mantenían.

Ya el mismo Berkeley se había esforzado en definir el papel del tacto y, sobre todo, de la vista en la percepción de los objetos, pero lo había hecho en el plano del idealismo que, de acuerdo con sus planteamientos, parecía difícil de refutar.

Condillac, dió su respuesta retomando estas discusiones y el tema ya tratado por Diderot y Buffon entre otros, de la ficción de una estatua, organizada interiormente como nosotros y susceptible de experimentar impresiones. A través de la educación de los sentidos, de su interrelación y de la primacía atribuída al sentido del tacto, creyó haber disipado las objeciones planteadas y haber demostrado la existencia de la realidad objetiva, aunque negando que ésta la percibamos tal como es en sí.

Pese a no haber superado totalmente el idealismo, para Condillac lo importante no era tanto conocer las cosas cuanto conocer sus relaciones con nosotros, sus efectos, puesto que el conocimiento es una actividad práctica ligada a la vida y a la supervivencia.

Después de 1754, Condillac no va a escribir más que trabajos complementarios y su sistema parece acabado. Serían circunstancias exteriores las que lo llevaron a retomar o a precisar algunos aspectos de sus planteamientos.

En 1755 escribió un *Tratado de los animales*, en el que hizo algunas críticas al mecanicismo materialista de Buffon y trató de defender el carácter espiritualista de su propia teoría. En esta obra incluyó un *Extracto razonado del Tratado de las sensaciones*, en el que contestaba a las precisiones hechas por Buffon. Este había afirmado que el abate Condillac había tomado de su *Historia Natural, General y Particular* (1749) la idea de la ficción de la estatua, necesitando escribir un largo Tratado para desarrollar lo que él había explicado en tan solo diez páginas. (nota 15)

Lo cierto es que las actitudes filosóficas de ambos y sus objetos de estudio diferían mucho. Condillac intentó legitimar un análisis empírico y descriptivo de las operaciones del entendimiento y, no queriendo caer en el materialismo implícito de la doctrina de Locke, en última instancia lo leyó a través de Descartes, sin dudar nunca de la existencia de un alma espiritual en el sujeto del pensamiento que debía de ser uno. (nota 16) Por el contrario, Buffon desarrolló una historia natural de todos los seres vivos en la tierra y ajeno a toda preocupación teológica, no se limitó a hacer una descripción de los hechos sino que indagó las causas y las leyes que regían la vida de la naturaleza. Y, aunque en su antropología consideró al pensamiento «un don de Dios», que elevaba al hom-

bre más estúpido por encima del más espiritual de los animales, no insistió en esa dualidad sino por prudencia. (nota 17)

Por lo tanto, parece evidente que pese a haber compartido el espíritu crítico de la Ilustración, lo habían hecho aplicándolo, cada uno, a dos vertientes complementarias, una interna y otra externa, de la realidad.

Alrededor de 1767, Condillac escribió el amplio y famoso *Curso de Estudios* al que nos referiremos a continuación. Estrechamente relacionado con éste, en 1776, apareció un tratado de economía política, pero en conjunto, dichas obras no añaden nada profundamente nuevo a su sistema ya constituido.

Finalmente, redactaría una *Lógica*, un escrito de circunstancias, a petición del conde Potocki, con ocasión del proyecto de reforma de la enseñanza en las Escuelas Palatinas a partir de 1773 y tras la abolición de la Compañía de Jesús por Clemente XIV. Este aristócrata polaco era uno de aquellos personajes cosmopolitas de la Ilustración ávidos de conocimientos, que había cursado estudios literarios y científicos en Suiza y, llevado por su afán de conocer otras culturas, había desempeñado funciones militares y diplomáticas para su país. Entre otras, un viaje a Turquía para saber si los turcos

podían dominar a los rusos, información que le interesaba ya que Polonia estaba bajo el dominio de Catalina II. (nota 18)

Por el epistolario mantenido entre ambos sabemos que la *Lógica* estaba redactada en 1778, siendo publicada en francés en 1780, ya que la Comisión de la Educación Nacional había desaparecido antes de que se publicase la traducción en polaco, de la que el mismo conde Potocki había querido encargarse. (nota 19)

La última obra de Condillac iba a ser *La lengua de los cálculos*, que quedaría inconclusa. En este tratado de aritmética reiteraba la finalidad de su metafísica fundamentada en la explicación de que el saber exacto no se remonta a abstracciones cada vez más alejadas de la percepción, sino que consiste, única y exclusivamente, en sustituir las denominaciones primitivas e insuficientes por otras más claras y diáfanas. Que el álgebra no encierra ninguna operación especulativa que no esté contenida, de forma rudimentaria, en las cuentas realizadas con los dedos y, que lo que la distingue de ese procedimiento primitivo es la ventaja técnica, dado que los signos algebraicos son muy numerosos y se encuentran ordenados, resultando su utilización mucho más fácil.

Por lo tanto, para Condillac, lo que el álgebra es respecto al arte primitivo del cálculo será, a su vez, la metafísica respec-

to al álgebra. La metafísica es «la gramática del álgebra», que se encarga de explicar y demostrar en su significación y validez general, las reglas que el álgebra emplea sin conocerlas. Y el método del análisis que en la matemática sólo se aplica en casos aislados, adquiere vigencia universal en la metafísica. (nota 20)

En última instancia, según el filósofo, todo pensamiento es un cálculo, una operación puramente mecánica realizada sobre las percepciones de los sentidos y, los dos últimos trabajos que escribió pueden considerarse un esfuerzo final para acabar de fijar y enriquecer su sistema, cuya divisa había sido que, razonar bien, pensar bien y hablar bien, eran una misma cosa.

El *Curso de Estudios*: una propuesta pedagógica

El prestigio que Condillac había conseguido con la publicación de sus obras y el círculo de amistades en el que se desenvolvía, propiciaron que en 1758 el duque de Nivernois propusiera a la infanta Luisa- Isabel, hija del monarca francés Luis XV, su nombramiento como preceptor de su hijo D. Fernando, heredero del ducado de Parma.

La infanta, en una carta a su marido D. Felipe, escrita en París el 25 de marzo de 1758, le hablaba acerca de esta elec-

ción pese a las prevenciones que en algunos eclesiásticos parecían haber suscitado las obras del abate (nota 21) porque Condillac había independizado su teoría del conocimiento de cualquier problemática religiosa.

No obstante, desde el punto de vista de la ortodoxia católica, en aquellos momentos los teólogos todavía no habían condenado sus planteamientos y, como decía la infanta, de lo que se trataba era de enseñar a su hijo a ser buen católico y no un doctor de la Iglesia, experto en cuestiones teológicas.

En dicho nombramiento influiría también el ministro Guillaume Du Tillot que, desde su acceso a la Secretaría de Hacienda parmesana en junio de 1756, había ido consolidando su poder en el ducado. Se trataba de un hombre de mente abierta a las nuevas ideas, formado en las cortes borbónicas de España y Francia, en las que contaba con buenos valedores. Además estaba dispuesto a llevar a cabo una política reformista que, si bien seguía las directrices de estas dos cortes protectoras, debía favorecer su propia gloria y la del Duque al que fielmente servía. (nota 22)

Que Du Tillot supervisaba directamente la organización de los estudios del joven príncipe es indudable, porque cuando Condillac llegó a Parma a principios de septiembre de 1758, remitió una carta al ministro que se encontraba pasando el

verano en su castillo de Colorno, pidiéndole que diese instrucciones al banquero Claude Bonnet para que agilizara el envío de los baules que contenían los libros necesarios para su tarea. [\(nota 23\)](#)

Inmediatamente establecería una estrecha relación con Keralio, un antiguo oficial que había sido llamado a Parma en 1756 en calidad de ayo del príncipe cuando éste tenía cinco años y al que había iniciado en las matemáticas, aunque estaba especialmente encargado de su instrucción militar. Años más tarde, cuando ambos habían finalizado sus tareas educativas en el ducado, siguieron manteniendo una buena amistad.

Después de Keralio y de Condillac, Du Tillot solicitó en junio de 1760 los servicios de Alexandre Deleyre, entonces secretario del conde de Choiseul en la embajada de Viena. [\(nota 24\)](#) Este amigo de Rousseau y colaborador de la Enciclopedia, fue nombrado bibliotecario del príncipe y, a instancias de Condillac, encargado de enseñarle historia de Inglaterra. [\(nota 25\)](#) Pero Deleyre, había adquirido con alguno de sus escritos fama de ateo y de radical en sus opiniones. En él se había acentuado una crisis religiosa y la crítica a los planes reformistas de los monarcas absolutos que sus amigos enciclopedistas no se atrevían a formular de manera explícita. Ya en

octubre de 1758 había publicado en el «Journal encyclopédique» sus *Pensées d'un républicain sur les mœurs de ce siècle*, un verdadero manifiesto en el que la protesta social estaba estrechamente ligada a la protesta moral, (nota 26) por lo que sus ideas y cierta forma de vida roussoniana no eran bien vistas en aquella pequeña corte absolutista y como decía a Rousseau, con el que mantenía frecuente correspondencia, «en un país de inquisición». (nota 27) De todos modos, la amistad con Du Tillot hizo que hasta 1768 Deleyre no abandonase la corte a pesar de que el ministro y sus colaboradores, enfrentados con Roma por su política regalista, no querían que nada pudiese empañar la imagen de seguidores de la más perfecta catolicidad. (nota 28)

Un año más tarde, en 1761, Condillac había solicitado para la enseñanza de la historia la colaboración de su hermano, el abate Mably, que envió un manuscrito sobre historia moderna. Según opina Bédarida se trataba de las *Observaciones sobre la historia de Francia*, que aparecerían publicadas en 1765 y, posteriormente, Condillac recogería en su obra las colaboraciones históricas de su hermano, en concreto el texto *De l'étude de l'histoire*, incluido al final del *Curso de Estudios* y que el abate Mably publicó también independientemente en 1778. (nota 29)

Así pues, en aquella pequeña corte ilustrada, a la que el poeta Frugoni llamaría la «Atenas de Italia», Condillac iba a desarrollar sus propuestas pedagógicas que quedarían plasmadas en el famoso *Curso de Estudios para la instrucción del Príncipe de Parma*. De esta manera continuaba la tradición consolidada por otros conocidos pensadores que habían dedicado alguna de sus obras al tema educativo, como Fenelon en Francia, del que Condillac incluiría los *Consejos para la conciencia de un rey* en la introducción al estudio de la historia moderna de su citada obra. (nota 30) Indudablemente Fenelon iba a tener una repercusión importante en el ámbito de la educación con la publicación del libro *De l'éducation des jeunes filles* (1687), por lo que Luis XIV le había nombrado preceptor de sus nietos y tutor del heredero, el duque de Borgoña, para el que escribiría en 1696 su novela pedagógica *Las aventuras de Telémaco*. La obra se inscribe en la tradición narrativa de las utopías y en la perspectiva pedagógica y didáctica de los llamados «Espejos de príncipes» que, desde el siglo XVI y bajo el influjo erasmiano, trataban de la educación de los futuros soberanos de los que habría de depender la prosperidad o la miseria de los reinos. (nota 31) Pero Fenelon caería en desgracia al considerar Luis XIV que en aquella ficción antigua se criticaban determinados aspectos

tos de su política, claramente subsidiaria de una concepción absolutista del poder. También en el *Curso de Estudios* se perciben influencias del jansenista Charles Rollin, famoso por la publicación de un *Traité des Études* (1726-1731) en el que hacía nuevas propuestas pedagógicas a la necesidad del estudio de la historia nacional y del uso de manuales escritos en lengua vernácula. Condillac, cuando ya había concluido su tarea de preceptor, en una carta a D. Fernando, escrita en París el 3 de agosto de 1767, siguió aconsejándole la lectura de las obras históricas de este autor por considerarlas muy instructivas. (nota 32) Por último, con unos planteamientos muy distintos, el impacto pedagógico que había causado su amigo Rousseau con la publicación del *Emilio* (1761), obra que iba a ser inmediatamente condenada pero que se había convertido en referencia inexcusable entre los pensadores ilustrados, siempre interesados en las cuestiones educativas. El voluminoso *Curso de Estudios* viene a ser un compendio de todo el pensamiento de Condillac, y en el que expone su teoría del conocimiento o psicología como el método de la formación del espíritu humano. Pero lo hace no solo explicando el proceso evolutivo del espíritu del individuo, por medio del cual éste va adquiriendo sus conocimientos, sino que lo remite al proceso de la evolución del espíritu humano

en general, cuyos conocimientos y realizaciones van originándose a partir de las necesidades de los individuos dentro de sus comunidades o pueblos y van siendo explicados a través de un desarrollo histórico progresivo.

Por esta razón, figura en el inicio de la obra un largo Discurso Preliminar en el que explica el método seguido para la instrucción del príncipe, subrayando su originalidad respecto a otros métodos de enseñanza generalmente utilizados. Para él, dicho método no consiste en otra cosa que el proceso mismo en el que los individuos se conducen en su propio desarrollo. Parte de lo que se conoce hacia lo que se desconoce, pero también de cómo se efectúa ese trayecto, con qué instrumentos se cuenta y en qué consisten dichos conocimientos primeros.

Para Condillac las necesidades que experimentamos, las facultades naturales que se poseen y las observaciones que se realizan, son el único origen de todos los conocimientos humanos. De ese modo, para poder enseñar a otros, se debe primeramente saber cómo se ha llegado a adquirir las cosas aprendidas. Para ello es preciso descomponer el espíritu humano, es decir, observar las operaciones del entendimiento, los hábitos o costumbres adquiridos y de qué manera se van gestando las ideas que se poseen.

Una vez realizado este análisis, se tiene, según Condillac, el plan de instrucción a seguir, ya que conociendo las facultades de nuestro espíritu se cuenta con la capacidad para regular todas las operaciones del pensamiento, aprendiendo a darle nuevas fuerzas. Como él mismo escribe:

...«Este plan es simple. No condena al preceptor a estudiar las ciencias en los sistemas que se han hecho. Al contrario, es preciso olvidar todos los sistemas, y que, pareciendo ignorarlos tanto como su alumno, comience con él y vaya de observación en observación, como si hiciesen juntos los mismos descubrimientos. Así es como los pueblos se han ilustrado. ¿Por qué buscar otro método para ilustrarnos nosotros mismos?» (nota 33)

Según nuestro autor, como las facultades del entendimiento son las mismas en un niño que en un hombre ya formado, puede hacérsele observar lo que le va pasando cuando realiza juicios y razonamientos, cuando tiene deseos, cuando contrae hábitos o costumbres, o lo que es lo mismo, ejercitar sus observaciones, estimular su curiosidad y convertir en una costumbre dicho ejercicio. De este modo, cuando conozca el ejercicio de las facultades de su espíritu, no habrá más que conducirlo bien y seguirle en sus progresos, de modo que pueda aprender en pocos años lo que los hombres, a lo largo

de muchos siglos de desarrollo histórico, han conseguido alcanzar.

Pero no se trata de darle al niño todos los conocimientos que han de servirle alguna vez, sino de proporcionarle los medios para que pueda adquirirlos. Debe ejercer su espíritu, deleitarse con ello y procurar formar ideas justas. En resumen, se trata de enseñarle a pensar.

Pensar consiste en ejercer nuestras facultades para captar diferentes ideas y sus relaciones, lo cual podemos hacerlo bien por hábito, es decir, de manera inmediata porque se nos ha hecho algo habitual que no requiere ningún tipo de análisis o cuestionamiento, o bien por reflexión, cuando observamos objetos que no conocemos. Entonces procederemos analizando de forma sucesiva dichas ideas y es así como estudiamos las artes y las ciencias.

Por lo tanto, nos dice Condillac, se debía hacer aprender al príncipe buenos hábitos, acostumbrarle a relacionar las ideas y preservarle de las relaciones falsas que son la causa de los defectos y de los errores que algunos juicios llevan consigo.

Nuevamente se refiere a las sociedades que han desarrollado sus conocimientos partiendo de los descubrimientos que alcanzan en virtud de sus primeras necesidades. Para la

satisfacción de éstas los hombres utilizan raramente medios equivocados, porque la experiencia les advierte de sus errores, pero en lo que atañe al ámbito especulativo la experiencia enseña con más dificultad y, por ello, los pueblos han podido permanecer en la ignorancia durante muchos siglos.

Condillac muestra al príncipe que existen estudios en los que resulta más fácil adquirir conocimientos exactos y otros, por el contrario, en los que es difícil evitar el error:

...«Pero es tan curioso como útil observar las asociaciones de ideas, que, dando a los pueblos diferentes maneras de pensar, distintos usos y diferentes costumbres, avanzan o retardan el progreso de los conocimientos humanos, y transmiten algunas veces, hasta los siglos ilustrados, restos de la primera barbarie».

(nota 34)

En la aplicación de su método explica también cómo, al mismo tiempo y a modo de juego, Keralio enseñó al príncipe un pequeño curso de agricultura, haciéndole sembrar trigo en el jardín de su residencia para que lo viera crecer y madurar, e igualmente le hizo cultivar algunas plantas y árboles, para que imitase los trabajos que habían dado origen a las primeras artes.

Una vez aseguradas las primeras necesidades de subsistencia, las sociedades habían buscado aquello que pudiera hacer la vida más cómoda y agradable, iniciándose entonces las bellas artes. De esa manera se había ido formando el gusto y se había aplicado el razonamiento a nuevos estudios, encaminándose a la búsqueda e indagaciones de carácter especulativo.

Este era, pues, el orden que la historia del espíritu humano había desarrollado en el proceso de los estudios: primeras necesidades, gusto y especulación. Y dicho orden era el que le dictaba el modo como llevar a cabo la instrucción del príncipe. También dicha evolución mostraba el método a seguir, que no era otro que su propia teoría del conocimiento, planteamiento que le indujo a justificar el motivo de las lecciones preliminares con las que se iniciaba el *Curso* y en las que reiteraba su conocida teoría, ya expuesta en escritos anteriores.

La confianza de Condillac en la simplicidad y naturalidad de su método era tal, que iba relatando la elaboración de las lecciones preliminares en conversaciones con su alumno, observando cómo tenía que expresarlas para hacerlas de más fácil lectura. Con frecuencia, de una lección a otra, había que volver de nuevo a ideas que anteriormente había expuesto para

que se familiarizase con ellas, mostrándolas de diferentes maneras. Además, en ocasiones, había eliminado en la escritura de las lecciones algunos aspectos que habían quedado descartados en sus conversaciones y, por ello, consideraba que parecía inútil ofrecer a los lectores el intercambio de opiniones mantenido entre discípulo y maestro, lo que le llevó a la conclusión de que en ellas había bastante desorden. (nota 35)

Por otra parte, afirmaba que aquellos para los que este método era superficial, no podrían comprender que un niño de siete años hubiera sido capaz, en menos de un mes, de familiarizarse con todas las ideas que dicho método encerraba, como había ocurrido con su alumno, lo que confirmaba que los niños tenían capacidad de razonar, estimulando la prosecución de su *Curso*.

Los conocimientos que a continuación le enseñaba iban encaminados a hacerle notar cómo se refuerzan las nociones adquiridas, ofreciendo gracias a ellos a su discípulo durante los nueve años que duró su tarea como preceptor, un apretado resumen de materias.

Después de hacerle reflexionar sobre los conocimientos alcanzados hasta ese momento, de acuerdo con su método, consideró que la infancia del mundo era un curioso y fácil

objeto de estudio. Por esto le inició en el conocimiento de los comienzos y los progresos iniciales de las artes, y cómo las necesidades habían guiado a los hombres a través de los conocimientos, de opinión en opinión, de costumbre en costumbre, remarcándole la influencia de las causas físicas y de las morales. De este modo le representa las sociedades sometidas a continuos cambios, criticando muy especialmente los prejuicios existentes.

Condillac alternaba la lectura de algunos poetas con la de la obra de M. Goguet, *El origen de las Leyes* (1758), haciendo copiar a su alumno todo lo que consideraba que podía serle útil. Entre los poetas muestra predilección por Racine, por algunas comedias de Molière y las tragedias de Corneille, con el propósito de que esas lecturas le familiarizasen con la poesía. También le hizo leer el *Arte poética* de Despréaux aunque, afirmaba, lo hacía para estimularle la reflexión por sí mismo y no tratando de sobrecargar su memoria.

Poesía y leyes iban a tener su complemento con la instrucción religiosa, para lo que escoge el *Catecismo* del abate Fleury y la *Biblia* de Royaumont. Cada día le hacía leer un pasaje de ambas obras y dicha instrucción religiosa debía proseguir durante dos años porque, opinaba, era mejor dedi-

car diariamente algunos momentos al estudio de la Historia de la Religión que hacerla aprender de memoria.

Solamente cuando pensó que su alumno estaba familiarizado con la belleza de su propia lengua, le inició en la lectura de la *Gramática* y del *Arte de Escribir* que había compuesto para él.

En la redacción de esos manuales en lengua vernácula parece recoger la influencia del *Tratado de los Estudios* de Rollin, como antes vimos, si bien los motivos de Condillac parecen estar en consonancia con su propio planteamiento filosófico.

Según Condillac, en un principio hubo poetas y oradores que habían ido enriqueciendo la lengua y, después, se habían elaborado las artes de la gramática, de la poética y de la retórica. Por tanto le parece inútil y poco razonable enseñar esas artes a un niño hasta que no haya sido capaz de experimentar y sentir la belleza del lenguaje en la lectura. Unicamente cuando haya aprendido el uso de los giros propios de su lengua, podrá juzgar acerca de las reglas que ésta encierra.

Además su intención era desarrollar de manera distinta y más extensa las observaciones que haya ido haciendo en sus lecturas, formándole el gusto y confirmándole en el hábito de

reflexionar, lo cual le posibilitaba el inicio de los conocimientos filosóficos.

De acuerdo con este proceder había compuesto un *Arte de Razonar* que no consiste en una lógica para enseñar reglas del razonamiento en abstracto sino que trata específicamente de un arte que enseña a observar bien y a juzgar de modo correcto, cuyo ejercicio ya conocía el príncipe, por lo que basta poner ante sus ojos nuevos objetos, es decir, algunos de los descubrimientos hechos por los filósofos.

El estudio del último desarrollo de todas estas observaciones constituye lo que Condillac denomina arte de pensar. En realidad, dicho arte, empieza a ser conocido cuando comenzamos a hacer uso de nuestros sentidos pero se capta en toda su extensión cuando las otras artes se han perfeccionado.

El arte del lenguaje, de la escritura, del razonamiento y el de pensar no son, en el fondo, más que un único arte. En efecto, cuando se sabe pensar, se sabe razonar, y para hablar y escribir bien, es necesario hablar como se piensa y escribir como se habla:

...«El arte del lenguaje no es, pues, más que el arte de pensar y el arte de razonar, que se desarrolla a medida que las lenguas se perfeccionan, y que llega a ser el

arte de escribir cuando adquiere toda la exactitud y toda la precisión de la que es susceptible» (nota 36)

Como ya vimos, el lenguaje tiene una importancia central en cuanto que permite que el pensamiento se convierta en reflexivo, es decir, que podemos observar lo que hacemos pensando, ser conscientes y, por consiguiente, aprender a conducir nuestras reflexiones.

Sólo por la continuidad de los signos del lenguaje, el pensamiento accede a su exposición sucesiva en el discurso y puede ser descompuesto y analizado en todos sus componentes. Por esto, aquél que no analiza sus pensamientos, tiene limitada la facultad de pensar y no es consciente de lo que hace cuando piensa.

Un niño que no habla, según Condillac, se encuentra muy limitado al respecto. Pero al aprender a experimentar sus juicios con palabras, aprende a analizarlos uno tras otro y así sabe lo que hace cuando juzga y llega a alcanzar mayor capacidad de juicio:

...«Por eso considero el arte del lenguaje como un método analítico, que nos lleva de idea en idea, de juicio en juicio, de conocimiento en conocimiento; y sería ignorar la primera ventaja, considerarlo sólo como un

medio de comunicar nuestros pensamientos... En efecto, juzgamos y razonamos con palabras, como calculamos con cifras; y las lenguas son para los pueblos lo que es el álgebra para los geómetras. En una palabra, las lenguas no son más que métodos y los métodos no son más que lenguas». (nota 37)

De acuerdo con esta concepción, los pueblos que no han perfeccionado su lengua hacen menos progresos en el desarrollo de su pensamiento. Además, Condillac afirma que, por la misma razón que los geómetras de todas las épocas no han sido capaces de resolver los mismos problemas, tampoco un pueblo tiene el mismo gusto, la misma inteligencia o la misma extensión de espíritu en todos los tiempos.

Podemos ver en estas ideas lingüísticas de Condillac, la pervivencia de un considerable resto de racionalismo o de espíritu geométrico cartesiano. El filósofo empirista que reduce todo pensamiento a cualquier tipo de sensación transformada, o que ahonda en los deseos, las necesidades y la utilidad que lo origina, busca en el artificio de las reglas de un lenguaje idealmente correcto, en una Gramática especulativa, el método del pensamiento verdadero, es decir, de la ciencia.

El filósofo expone el modo en que ejerciendo con su discípulo ese método, su gusto comenzaba a formarse; tenía conoci-

mientos y sabía cómo los había adquirido. Estrechamente relacionada la reflexión con la memoria, este método permitía que no olvidase los primeros estudios al iniciar otros nuevos.

En resumen, que todo lo que le había enseñado acerca de la generación de las ideas, las operaciones del alma, la gramática y el arte de escribir, se reducía a un pequeño número de ideas que se repetían continuamente y que se consideraban bajo distintos puntos de vista.

De esta forma podían entenderse los progresos del príncipe y su capacitación para pasar rápidamente de unos conocimientos a otros.

Como ejemplo alude Condillac a la facilidad con la que pudo comprender algunos problemas planteados por los mejores filósofos. La lectura de su *Arte de Razonar* le había instruido en la historia de los descubrimientos del espíritu humano, despertando su curiosidad. Le había hecho leer algunos capítulos de obras de Madame de Châtelet y de Voltaire y el *Tratado de la Esfera* y el *Viaje al Norte* de Maupertuis, que trataban sobre los fenómenos del mundo y todo ello cuando el príncipe contaba con diez años, lo que le llenaba de satisfacción hasta el punto de mostrarlo como un perfecto ilustrado y ejemplo vivo de las posibilidades del desarrollo progre-

sivo de la razón humana por medio de una correcta enseñanza aplicada en este caso a un niño privilegiado.

Condillac opinaba que el príncipe, al haberse familiarizado con los mejores poetas y escritores del clasicismo francés, había aprendido fácilmente las reglas de la gramática y estaba en condiciones de sentir, en una lengua extranjera, las bellezas que experimentaba en la suya propia. Es a partir de entonces cuando piensa que estaba suficientemente preparado para el estudio del latín. De acuerdo con su método, lo dirige hacia la lectura de aquellos escritores latinos que habría entendido si hubieran escrito en francés, previniéndole sobre las diferencias entre la sintaxis latina y la de la lengua francesa. De todos modos, el filósofo afirma que aunque todos los días le daba algunas clases de latín, no había sido esta lengua el principal objeto de sus ocupaciones.

Una vez realizada esa amplia educación a lo largo de los seis años en los que continuó su labor pedagógica, centró su enseñanza en el campo de la historia, dividida en Historia Antigua e Historia Moderna.

En la parte de Historia Antigua Condillac inserta en el libro IV un estudio sobre las leyes y los tipos de gobierno. Piensa que la historia, en tanto que compilación de observaciones,

ofrece a los individuos verdades relativas a ellos. Que se debe saber extraer de la experiencia de los siglos pasados, las cosas útiles. Además, de acuerdo con la concepción pedagógica de carácter estamental que la mayoría de los ilustrados mantenían, es de la opinión que los individuos deben tener una educación conforme a la función social a la que se encuentran determinados. Según Condillac, el príncipe ha de aprender sobre todo a gobernar a su pueblo. Para esto es preciso que se instruya observando lo que los gobernantes han hecho bien y lo que han hecho de manera errónea, respetando sus virtudes y detestando sus vicios, por lo que la historia debe ser principalmente un curso de moral y de legislación. También, por su defensa del pacifismo y en consonancia con la máxima de que un gobierno es libre cuando las leyes regulan el poder del soberano, expone que un príncipe ilustrado será aquél que sabe poner límites a su poder y reconocer que las guerras, a la larga, arruinan a los vencedores y a los vencidos, una verdad que Europa debía haber aprendido ya. [\(nota 38\)](#) Y ejerciendo su papel de maestro y consejero aúlico, expresa con claridad a su alumno en qué debe centrar sus estudios políticos y lo que debe hacer cuando gobierne a su pueblo:

...«He ahí, Señor, el estudio al cual debeis principalmente aplicaros. Como un duque de Parma tiene pocos intereses que discutir con las naciones, podeis limitaros a un conocimiento imperfecto de la política, que regula la conducta entre los soberanos: pero no debeis nunca descuidar el conocimiento de las cosas que pueden contribuir a la mejor administración, si quereis ser un día capaz de conseguir la felicidad del pueblo que estais destinado a gobernar». (nota 39)

Así mismo, en la parte de Historia Moderna incluye, en el libro VIII, un estudio de la situación de los estudios desde la Edad Media, criticando los errores y la esterilidad del pensamiento escolástico. Y en el libro XX, con cierta inspiración racionalista y laica, desarrolla el proceso de las revoluciones que han tenido lugar en las letras y en las ciencias a partir del siglo XV. Hace un elogio del humanismo y una condena de todo fanatismo y de los absurdos de los escritores y escolásticos del siglo XVI, combatiendo la confusión entre lo temporal y lo espiritual.

Por lo tanto, dichos estudios históricos comprenden todo lo que puede contribuir a la felicidad o a la desgracia de los pueblos: gobiernos, leyes, costumbres, riqueza, artes y ciencias. También se hace imprescindible el estudio de las revolucio-

nes y las causas que las originan, así como la grandeza y la decadencia de los imperios. En suma, todas las cosas que han concurrido a formar las sociedades civiles, a perfeccionarlas, a defenderlas, a corromperlas o a destruirlas.

Pensamos que Condillac, en su concepción de la historia, presenta una gran influencia de su hermano el abate Mably. Comparte su crítica del lujo, sus simpatías por los fisiócratas e incluso su pasión igualitarista aunque siempre busca posiciones moderadas que le alejan del excesivo utopismo racionalista de aquél. (nota 40) De ambos filósofos y hermanos ha tratado Luciano Guerci con gran competencia y documentación, analizando, sobre todo, la vertiente de Condillac historiador en el contexto de la filosofía de la historia dieciochesca. (nota 41)

Dentro de dicha filosofía de la historia la importancia de Voltaire es central, pero se ha afirmado que Condillac, en algunos datos históricos, está mejor documentado que aquél, aunque elaboró una historia en el fondo más absolutista. (nota 42) De todas formas, Condillac participa del concepto de historia cultural que Voltaire había elaborado en su *Ensayo sobre las costumbres y el Espíritu de las Naciones* (1756), aunque parece más cercano a algunos de los planteamientos de Montesquieu y Helvetius, con los que comparte una con-

cepción de la naturaleza humana más compleja, en la que lo biológico se articula con lo cultural y lo histórico.

En dicha historia cultural es también patente una concepción política que sostiene que es la ilustración de los hombres, como instrumento de modificación de su conciencia, la que ha de transformar el mundo. Se trata de una base eminentemente política pues expone el desarrollo histórico fundamentado en el poder de la monarquía legalmente ordenada, en el desarrollo de la industria, del comercio y de la riqueza, y de una educación común a todas las clases superiores, configurando así el concepto de la gran cultura que los ilustrados acuñaron.

Por otra parte, se hace hincapié en el vínculo de los hombres con las circunstancias y las luchas de poder de las naciones con el progreso de la civilización, siendo este vínculo el que habían resaltado las obras históricas de autores ingleses como Hume, Gibbon, Robertson y Adam Smith, a los que Condillac conoce y que fueron los primeros en analizar metódicamente la vida económica, los hechos morales, la creación artística y el trabajo científico.

Años después, en 1776, Condillac publicó un tratado de economía política, *El comercio y el gobierno considerados relati-*

vamente el uno al otro, en el que, pese a no añadir nada específicamente nuevo a su teoría, confirmaba de manera independiente, las doctrinas fisiócratas en plena polémica poco antes de la caída del ministro Turgot.

En esta obra establecía el principio de que la vida económica reposa sobre la noción de valor, la cual deriva de la noción de necesidad, tal como lo muestra un análisis psicológico. Nuestras necesidades nos llevan a buscar las cosas, por ejemplo el comercio, y nos guiamos únicamente por su utilidad, es decir, por la capacidad de satisfacer esas necesidades, por su valor. Por lo tanto, el valor se funda psicológicamente en nuestra estimación, y viene determinado por la utilidad, la escasez y el trabajo, y a su vez, es lo que determina el precio.

De ese modo, a diferencia de los fisiócratas para los que toda la riqueza procedía de la tierra, Condillac considera que la industria y el comercio también crean riqueza. Es el comercio quien permite a una nación cambiar cosas superfluas o abundantes, y por lo tanto sin apenas valor, por cosas necesarias y escasas. Con esta posición Condillac se alejaba de los fisiócratas aproximándose al liberalismo económico, donde la fuente de valor no era la tierra sino el trabajo, fuera el que fuese el lugar productivo donde fuera aplicado.

Por lo tanto, podemos afirmar que Condillac, por sus planteamientos históricos, merece un lugar destacado entre los historiadores filósofos volcados en dar respuestas coherentes a los grandes problemas políticos, sociales y morales de su época. Su ambicioso plan de estudios finalizaría tras ser llamados el P. Le Seur y el P. Jacquier, mínimos, ambos profesores en Roma y conocidos de Condillac, para que dieran un curso de física experimental ante la presencia del príncipe.

Cabe preguntarse si su amplia tarea pedagógica, ejercida durante ocho años y de acuerdo con el ideal platónico del filósofo consejero de príncipes, tuvo resultados satisfactorios.

No parece que fue así y, años después, el príncipe iba a ser criticado por los filósofos debido a su política religiosa. Como decía Diderot en una carta a Catalina II en 1775, refiriéndose a su famoso *Curso de Estudios ...* «es una obra excelente de un educador excelente pero que sólo ha formado un alumno simple». (nota 43)

Por el contrario, Du Tillot parece que consideraba la educación que recibía el príncipe un tanto excesiva y, en carta a Grimaldi escrita el 24 de noviembre de 1765, discrepaba del método seguido por Condillac. Afirmaba que el abate quería que D. Fernando tuviese ya la cabeza de un hombre de trein-

ta años, mientras que él era de la opinión de que a la naturaleza no se la debía forzar sino que tenía su propia medida y había que ayudarla paulatinamente. (nota 44)

Indudablemente, la naturaleza abúlica del joven príncipe no iba a estar a la altura de semejante educación y resultaría moldeada mucho más por las directrices del mismo todopoderoso ministro y, después por su mujer, que por las enseñanzas de su preceptor, que había finalizado su *Curso* con estas significativas palabras:

...«Os corresponde, Señor, de ahora en adelante instruiros sólo...pues la mejor educación no es aquella que debemos a nuestros preceptores; es aquella que nos proporcionamos nosotros mismos. Vos os imagináis tal vez haber concluido; pero soy yo el que lo ha hecho; y vos, vos teneis que empezar de nuevo.» (nota 45)

La edición del Curso de Estudios

Según Bédarida (nota 46), la pedagogía histórica y política de Condillac había tendido a legitimar ante el joven soberano las reformas eclesíásticas de Du Tillot cumplidas ya o por cumplir. Entre éstas, cabe mencionar como detonante de los conflictos, la Pragmática Sanción del 25 de octubre de 1764, que ponía en circulación, en el ámbito de la economía estatal, la tierra en posesión de las manos muertas. También la imposi-

ción a los eclesiásticos de una tasa común y la institución, en enero de 1765, del Nuevo Tribunal de Jurisdicción, que sometía la jurisdicción eclesiástica a la política. [\(nota 47\)](#)

Al margen de esa legitimación, lo que pretendía Condillac había sido reiterar en el príncipe la defensa de la libertad de pensar para que ésta no se eliminase y se perpetuasen la ignorancia y los prejuicios. Por esto, en el *Curso de Estudios*, al exponer las enseñanzas políticas del pensamiento escolástico, había criticado a aquellos canonistas que, leyendo de manera alegórica las Escrituras, habían interpretado que los reyes recibían de la iglesia toda su autoridad. Imaginaron que las dos espadas de los apóstoles representaban los dos poderes, el temporal y el espiritual, al par que el sol, con luz propia era similar al sacerdocio, mientras que la luna, con luz prestada, era el imperio. Que sobre esos principios se había fundado, desde el pontífice Gregorio VII, todas las pretensiones extraordinarias de la Santa Sede. [\(nota 48\)](#)

Esto era fruto de la ignorancia, no solo de los doctores, sino como había afirmado el abate Fleury, de los príncipes mismos y de los que les defendían, puesto que el error estaba en las escuelas en las que todos habían estudiado. Y que la solución era algo tan simple como entender que las dos espadas eran espadas y los dos astros nada más que el sol y la luna [\(nota 49\)](#).

Pero el filósofo no tardaría en darse cuenta que D. Fernando acabaría por autorizar todas las pretensiones de los eclesiásticos que llevarían a la ruina del Estado. E incluso la obra que había redactado para su discípulo iba a encontrar serias dificultades para su publicación en el ducado.

Dos años después de la vuelta de Condillac a Francia, en 1769, Du Tillot se ocupaba de preparar la edición del texto, que la imprenta ducal del famoso tipógrafo Bodoni iba a realizar.

A partir de 1770, el manuscrito llegaba a Parma y comenzaba la impresión, recibiendo Condillac los primeros volúmenes ya terminados. Ahora bien, la boda del príncipe con la archiduquesa María Amelia, en agosto de 1769, a la que Du Tillot se oponía, había agudizado un período de turbulencias y enfrentamientos que acelerarían la caída del primer ministro el 7 de septiembre de 1771 y su inmediata salida de Parma.

D. Fernando, impotente para mantener sus posturas, continuaría siendo un instrumento en las manos de la corte española y ahora también de los intereses de su mujer, quedando muy atenuada la influencia francesa. [\(nota 50\)](#)

El sucesor de Du Tillot, el español José Agustín Llano y Cuadra, hizo proseguir la impresión de la obra que se hallaba terminada a finales de 1772, pero el obispo de Parma,

conde Pettorelli-Lalatta, se opuso a su publicación. Este, que había sido amigo de Du Tillot, se encontraba en medio de la lucha que la política eclesiástica del ministro había desencadenado entre la Santa Sede y el ducado. Su postura conciliadora y su debilidad ya habían sido puestas de relieve, tiempo atrás, por el mismo Du Tillot en una carta a D. Manuel de Roda, cuando le decía que *“Petorelli quiere servir contemporáneamente a Roma y al Duque, sin tener en su cabeza paño suficiente para tanto»*. (nota 51)

Por lo tanto, no resulta extraño que el dictamen del benedictino Andrea Mazza, encargado de examinarla, descubriera en ella apreciaciones atrevidas u osadas sobre la acción de la Iglesia, y un gran desprecio al pueblo y a los soberanos españoles. De esta forma, opinamos, se contentaba a la curia y a la protectora corte borbónica española y, como escribe Bédarida, los volúmenes impresos no pudieron salir de la imprenta de Bodoni, reclamando Condillac en vano los ejemplares que no había recibido todavía. (nota 52)

La edición aparecería en Francia en 1775, una vez que la entrada de Turgot y de Malesherbes en el ministerio, tras la muerte de Luis XV, hubieran contrarrestado las influencias que desde Parma o desde Madrid se habían ejercido contra una obra, célebre ya, antes de haber sido difundida.

Hubo varias reediciones y el mismo Condillac trabajó en una nueva edición corregida en trece volúmenes. Esta, finalmente, pudo ver la luz en Parma en 1782, a los dos años de haber fallecido el filósofo pero con el pie de imprenta falso de Deux-Ponts, es decir, Zweibrücken, ciudad alemana de la Renania-Palatinado, al parecer por las gestiones de Keralio, cuyo hermano era el preceptor del príncipe Maximiliano José, [\(nota 53\)](#) mientras que en castellano se publicaron en 1786 las *Lecciones preliminares del Curso de Estudios* con el añadido del *Ensayo de Filosofía Moral* de Maupertuis. [\(nota 54\)](#)

Las razones para tanto impedimento parecen claras si tenemos en cuenta la fuerte campaña de críticas a través de libelos y de sátiras publicadas en el ducado a raíz de la caída de Du Tillot, críticas que alcanzaron principalmente a todos los franceses que habían sido sus colaboradores, incluido Condillac. [\(nota 55\)](#) Aunque por lo que conocemos, el mismo Condillac se mostró bastante reservado sobre este asunto.

Es cierto que el fin de su actividad como preceptor no tuvo la brillantez que él hubiera esperado. En recompensa a sus servicios y a petición de D. Felipe, en 1765 había obtenido la abadía de Mureau, en la diócesis de Toul, y un año después, al término de su estancia en Parma, ya fallecido el duque, Du Tillot le había conseguido una pensión de ocho mil libras,

acabando con la intranquilidad que la muerte de su protector le había causado. (nota 56)

Su antiguo alumno no parece que fuera especialmente generoso con aquel preceptor que tantas esperanzas había volcado en su educación. En la breve correspondencia que mantuvieron los dos primeros años de su vuelta a París, el filósofo le agradece el envío de una vajilla, indicándole que en ella las comidas resultaban más agradables. (nota 57) En esa misma correspondencia aludía a que su historia de la educación iba a ser publicada y que por ella se le exigiría más que a ningún otro príncipe. Que los comentarios elogiosos que escuchaba sobre su persona en los salones que frecuentaba se debían, sobre todo, a la adulación y que esperaba, por el afecto que le profesaba que, con sus obras, supiera hacerse acreedor a una admiración cierta y no por su pertenencia al rango real.

Estas expectativas no iban a cumplirse y los obstáculos a la esperada publicación, indudablemente, debieron suponer un duro golpe para él. No podría esperar tal olvido e ingratitud por parte de su estimado discípulo. Pero éste, con su proceder, iba a demostrar que, o había aprendido poco o que el contenido de la enseñanza no le había interesado y estaba olvidando, rápidamente, algunas de las lecciones de su privilegiada educación.

Notas

1. CONDILLAC, E.B., *Cours d'Études*, Discours Préliminaire, en LE ROY, G., *Oeuvres philosophiques de Condillac*, vol, I, París 1947, p.397.
2. ROGGERO, M., «Éducation», en Ferrone, V., *Le monde des lumières*, Fayard, París 1999, p. 240.
3. CONDILLAC, E.B., *De las leyes*, Introd. y trad. de J. M. BERMUDO, Biblioteca Comares, Granada 2000, p. 11.
4. LE ROY, G., o.c., Introd., p.VII.
5. MARTINO, G. y BRUZZESE, M., *Las filósofas*, ed. Cátedra, Valencia 1996, p.208.
6. CONDILLAC, E.B., *Cours d'Études*, Histoire Modène, I. XX, XIV, p.236.
7. LOCKE, J., *Ensayo sobre el entendimiento humano*, T. 1, introd. de Sergio Rábade, Editora Nacional, Madrid 1980, p.12.
8. CONDILLAC, E.B., *Lettres a Maupertuis*, Paris, 25 juin 1752, en Le Roy, G., o.c., vol. 2, p. 536.
9. CONDILLAC, E.B., *Tratado de los Sistemas*, introd. de J. M. Bermudo, Ed. Horsori, Barcelona 1994, p. 15.
10. LE ROY, G., o.c., p. XVI.
11. CONDILLAC, E.B., *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, Ed. Reus, Madrid 1922, p. 5.
12. CONDILLAC, E.B., *Tratado de los Sistemas*, Horsori, Barcelona 1994, p. 259.

13. CONDILLAC, E.B., o.c., p.83.
14. CONDILLAC, E.B., o.c., p. 277.
15. CONDILLAC, E.B., *Lettre a J.H.S. Formey*, Paris, 25 février 1756, en LE ROY, G., o.c., vol. 2, p. 539 y BUFFON, *Historia Natural, General y Particular*, Trad. de D. José Clavijo, Tomo I, Madrid 1785, p.29.
16. MONDOLFO, R., «Estudio preliminar», en CONDILLAC, E.B., *Tratado de las sensaciones*, Eudeba, Buenos Aires 1963.
17. Sobre la antropología de Buffon sigue siendo interesante el trabajo de DUCHET, M., *Antropología e historia en el siglo de las luces*, Siglo Veintiuno Editores, México 1975, pp. 199-242.
18. MASSEAU, D., *L'invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, P.U.F., París 1994, p.81-82.
19. CONDILLAC, E.B., *Lettres au Comte Potocki*, en LE ROY, G., o.c., pp. 551-553.
20. CASSIRER, E., *El problema del conocimiento*, T. II, F.C.E., México 1979, p. 517.
21. BÉDARIDA, H., *Parme et la France. De 1748 a 1789*, Champion, París 1927, p. 412.
22. BENASSI, V., *Guglielmo Du Tillot. Un ministro riformatore del Secolo XVIII*, Parma 1921, p.39.
23. Vid. Lettres a Dutillet, Parma, 10 septiembre 1758, en LE ROY, o. c., vol. 2, p.544.
24. BÉDARIDA, H., o.c., p. 364.

Notas

25. Vid. Lettre au Duc de Nivernois, Parma, 3 juin 1761, en LE ROY, G., o.c., vol. 2, p.544.
26. VENTURI, F., *Utopia e riforma nell'illuminismo*, Einaudi, Torino 1970, p.101.
27. BÉDARIDA, H., o.c., p.372.
28. BENASSI, V., o.c., p. 34.
29. ALOCCO-BIANCO, L., «L'abbé Mably et sa conception de l'Histoire», en *L'Histoire au XVIIIe siècle*, Colloque d'Aix-en-Provence, mai 1975, EDISUD, Aix-en-Provence 1980, pp. 223-232.
30. LE ROY, o.c., p. 568.
31. RACAULT, J.M., *L'Utopie narrative en France et Angleterre 1675-1761*, The Voltaire Foundation, Oxford 1991, p. 193.
32. Vid. Lettres a Don Ferdinand, en LE ROY, G., o.c., vol.2, p.548.
33. CONDILLAC, E.B., *Cours d'Études*, I, Discours Préliminaire, en LE ROY, G., o.c., p. 398.
34. CONDILLAC, E.B., o.c., p.401.
35. CONDILLAC, E.B., o.c., Précis des Leçons Préliminaires, p. 409.
36. Condillac, E.B., o.c., Discours Préliminaire, p. 403.
37. Condillac, E.B., o.c., p. 404.
38. CONDILLAC, E.B., o.c., Histoire Moderne, L.XX, cap. XIII, p. 235.
39. CONDILLAC, E.B., o.c., Histoire Moderne, cap. XI, p. 224.
40. BERMUDO, J.M., «Introducción», en CONDILLAC, E.B., *De las leyes*, Biblioteca Comares, Granada 2000, p. 19.

41. GUERCI, L., *Condillac storico. Storia e politica nell «Cours d'études pour l'instruction du prince de Parme»*, Ricciardi, Milán-Nápoles, 1978, pp. 109-114, y *Libertá degli antichi e libertá dei moderni. Sparta, Atene e i «philosophes» nella Francia del'700*, Guida, Nápoles 1979.
42. FURIO DÍAZ, *Europa: de la Ilustración a la Revolución*, Alianza ed., Madrid 1994, p. 274.
43. CONDILLAC, E.B., *Tratado de los Sistemas*, ed. e introd. de J.M.Bermudo, Horsori, Barcelona 1994, p.53.
44. BÉDARIDA, H., *Les premiers borbons de Parme et l'Espagne. (1731-1802)*, París 1927, p.75.
45. CONDILLAC, E.B., o.c., *Histoire Moderne*, chapitre dernière, p. 237.
46. BÉDARIDA, H., *Parme et la France. De 1748 a 1789*, Champion, Paris 1927, p.416.
47. BERTI, G., *Atteggiamenti del pensiero italiano nei ducati di Parma e Piacenza dal 1750 al 1850*, Padova 1958, p. 61-62.
48. CONDILLAC, E.B., *Cours d'Etudes*, *Histoire Moderne*, L.VIII, cap.VII, p. 152.
49. CONDILLAC, E.B., o.c., p.152.
50. BÉDARIDA, H., o.c., p.416.
51. BENASSI, U. *Guglielmo Du Tillot. Un ministro riformatore del secolo XVIII*, Archivio Storico, Parma 1921, p.163.

Notas

52. BÉDARIDA, H., o.c., p. 417.

53. CONDILLAC, E.B., *De las leyes*, introd. y trad. de J.M. Bermudo, Biblioteca Comares, Granada 2000, p. 12.

54. Según Antonio JIMÉNEZ GARCÍA en «Las traducciones de Condillac y el desarrollo del sensismo en España», *Actas del VI Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana*, Salamanca 1990, pp. 253-281, del *Curso de Estudios* de Condillac se hicieron dos traducciones muy incompletas al castellano. Una en 1786, a cargo de D. Lope Nuñez de Perálveja, en la imprenta madrileña de Pedro Marín. La otra traducción que parece más completa fue la publicada en Cádiz en 1813, en la imprenta de Carreño, por Antonio Carsi, Basilio Roldán y José Gorosarri. En ella los traductores, en esa fecha tan significativa, dicen haberla realizado para «acelerar y asegurar la marcha intelectual y liberal del Pueblo Español.»

No sabemos de la existencia de ninguna otra traducción posterior, por lo que las realizadas en este trabajo las hemos traducido de la edición francesa de las *Oeuvres Philosophiques du Condillac* de George LE ROY que aparece citada en dicho trabajo.

55. BENASSI, U., o.c., p.144.

56. CONDILLAC, E.B., *Lettre a Mr. Le Duc de Nivernois, Parme 6 decembre 1766*, en LE ROY, G., o.c., p. 545.

57. CONDILLAC, E.B., *Lettre a D. Ferdinand, París, 27 octobre 1767*, en LE ROY, G., o.c., p. 548.